

La Verónica (1942): una revista del exilio

Al ocuparse del exilio que vivieron los miles de republicanos españoles que tuvieron que salir de su país después de la guerra civil, los estudiosos suelen referirse a la experiencia de aquéllos que se refugiaron en tierra mexicana; ha sido mucho menos estudiado, en cambio, el caso de los españoles exiliados en otras partes del mundo, sea América Latina, Europa, Estados Unidos o la Unión Soviética.

Este énfasis puesto en el exilio mexicano es entendible; a fin de cuentas, fue en México donde se concentró el mayor número de refugiados. Sin embargo, la obra realizada en los demás países también necesita documentarse si la historia del exilio se ha de apreciar en toda su riqueza y complejidad.

Dentro de este amplísimo panorama de dispersión, Cuba parece haber seguido desempeñando su papel histórico de puente entre España y el Nuevo Mundo. Eso, debido, sobre todo, a la situación geográfica de la isla; aunque, a decir verdad, en 1939 también existían otros factores, de carácter económico y político, que eran tal vez aún más importantes para explicar este fenómeno. Si tras una estancia más o menos breve en la isla, los refugiados solían retomar su camino rumbo a otro país del continente americano, muchas veces lo hacían no por gusto sino por necesidad: simplemente no encontraban la manera de iniciar una vida nueva en Cuba. Aunque el gobierno de Batista no cerraba las puertas a los republicanos, tampoco los veía con buenos ojos; por otra parte, las posibilidades de trabajo eran muy restringidas (a los científicos e intelectuales, por ejemplo, les resultaba casi imposible conseguir un puesto en la universidad). Así, con muy pocas excepciones, la historia del exilio español en Cuba viene a ser, sobre todo, una historia de escalas: de breves visitas, de hospedajes más o menos cortos o, cuando mucho, de estancias de tres o cuatro años. Muy pocos lograron establecerse, como sí lo lograron la mayoría de los que se refugiaron en México y en otros países americanos.

En vista de estos problemas y del carácter «interino» que solía asumir su estancia en Cuba, es sorprendente ver la gran labor que realizaron los exiliados, así como el intenso diálogo que, en uno u otro momento, establecieron con los habitantes de la isla. Por ejemplo, y para referirnos solamente al mundo de la poesía y la filosofía, poetas cubanos como Lezama Lima, Cintio Vitier y Eliseo Diego han reconocido, una y otra vez, cuán importante fue para ellos la presencia en La Habana, primero, de Juan Ramón Jiménez (1937-1939) y, después, de María Zambrano (1940-43, 1949-1953)¹.

¹ Véase, por ejemplo, José Lezama Lima, Coloquio con Juan Ramón Jiménez (*Publicaciones de la Secretaría*

Otras visitas más breves, pero también importantes, fueron las que hicieron Pedro Salinas y Luis Cernuda, el primero en 1944, el segundo en 1951-1952². Y, desde luego, a estos nombres se podrían agregar muchos más, entre ellos el del poeta Manuel Altolaguirre, que pasó cuatro años en Cuba (1939-1943) y cuya labor como editor marcó toda una época en la historia literaria del país.

En este ensayo quisiera referirme a la obra realizada por éste último; y más precisamente, a lo que fue uno de sus últimos proyectos: la revista *La Verónica*, editada en los meses de octubre y noviembre de 1942³.

Antecedentes

Acompañado por su esposa, Concha Méndez, y su hija, Paloma, Altolaguirre llegó a La Habana en abril de 1939. Al salir de Europa, su intención había sido dirigirse a México; pero durante la travesía Paloma se había enfermado, de modo que, cuando el *Saint Domingue*, el barco en que viajaban, hizo escala en Santiago de Cuba, tuvieron que internar a la niña en una clínica y así renunciar a la última etapa de su viaje. De hecho, no retomaría su camino a México sino hasta cuatro años más tarde, en marzo de 1943.

Puesto que su situación económica era muy precaria, para ganar dinero, a los pocos días de llegar a La Habana, Altolaguirre dictó un ciclo de conferencias sobre poesía española (Garcilaso, Antonio Machado, Federico García Lorca, Prados, Cernuda, Alexandre, Concha Méndez, etc.). Pero el poeta no podía —ni quería, sin duda— vivir permanentemente de este tipo de trabajo; de modo que, mientras preparaba estas conferencias, buscaba la forma de volver a lo que había sido su oficio antes de la guerra (y también durante la misma): el de impresor y editor. Tener una imprenta le permitiría cubrir los gastos más esenciales de su familia y, por otra parte, le daría la oportunidad de continuar su ya prestigiosa labor a favor de la poesía. Si, antes de la guerra, había logrado sobrevivir editando revistas como *Poesía*, *Héroe*, *1616* y *Caballo verde para la poesía*, así como colecciones de libros como «Héroe» y «La Tentativa Poética», ¿por qué no podría volver a hacer lo mismo ahora, dentro del contexto de la literatura

de Educación, La Habana, 1938); Lezama Lima, *Cartas* (1939-1976) (Orígenes, Madrid, 1979); Ciro Bianchi Ross, «Asedio a Lezama Lima», *Quimera* (Barcelona), n.º 30 (abril 1983), pp. 30-46; Cintio Vitier, «Lecciones de María Zambrano», en María Zambrano: Papeles para una poética del ser (Litoral, Málaga, 1983), pp. 7-11. Para un estudio de la influencia de J. R. Jiménez en algunos de los poetas cubanos, véase Benigno Sánchez-Eppler, *Habits of poetry, habits of resurrection: The presence of Juan Ramón Jiménez in the work of Eugenio Florit, José Lezama Lima and Cintio Vitier* (Támesis Books, Londres, 1986).

² Véase José Lezama Lima, «Recuerdo de Pedro Salinas», *Orígenes* (La Habana), n.º 29 (1951); Manuel Álvarez Morales, «Pedro Salinas: Maestro y creador», *Lyceum* (La Habana), vol. VIII, núm. 30 (mayo 1952), pp. 67-90; y James Valender, «Cernuda y Lezama Lima», *Vuelta* (México D. F.), año XII, n.º 144 (noviembre 1988), pp. 65-67.

³ El presente trabajo, breve adelanto de un estudio más detallado del tema, no hubiera sido posible sin la ayuda de muchas personas. En particular, quisiera agradecerle a Paloma Altolaguirre su generosidad en haber puesto a mi disposición los ejemplares de *La Verónica* que conserva en su archivo, así como a la Dra. Marta Terry, Directora de la Biblioteca Nacional «José Martí», el valiosísimo apoyo que me brindó durante mi estancia en La Habana. Con el llorado Israel Echeverría, Jefe de la Sección de Libros Raros de la misma Biblioteca Nacional «José Martí», mi deuda por desgracia, es ya imposible de saldar; de todos modos, que quede aquí constancia de lo mucho que debo a sus pesquisas, a sus consejos, a su amistad.

cubana? El único problema, desde luego, era económico: ¿cómo comprarse una imprenta...? Afortunadamente, el destino intervino, en la forma de un regalo de 500 dólares que le hizo a Concha Méndez una señora de la alta sociedad cubana, al enterarse de la difícil situación en que se encontraban⁴. Con este dinero, más lo que ya llevaban ahorrado, en junio de 1939 Altolaguirre se compró una imprenta y, ayudado como siempre por su esposa, empezó a sacar sus primeras ediciones. A la imprenta, lo mismo que a su editorial, las bautizó con el nombre de «La Verónica». Según Ángel Lázaro, otro exiliado en La Habana y muy buen amigo de Altolaguirre, «Había un doble sentido cabalístico en el nombre; de un lado, se sugería la imagen de la buena mujer en cuyo pañuelo quedó impreso el rostro de Cristo, con lo cual nos dejó cristianísima anticipación de una artesanía ilustre; de otra parte, se insinuaba que la nueva industria que salía al mundo habanero con el título de «La Verónica» estaba dispuesta a hacerle frente a ese toro que es siempre la suerte...»⁵.

Entre los primeros encargos que recibió, uno de los más importantes fue el de imprimir la revista *Nuestra España*, una publicación financiada por el gobierno republicano en el exilio, en la que se recogían trabajos literarios, filosóficos y, sobre todo, políticos, escritos por los mismos exiliados. Dirigida por Alvaro de Albornoz, la revista tendría trece números en sus dos años de existencia (1939-1941). Y, mientras tanto, claro está, también preparaba sus propias ediciones. En agosto de 1939 creó dos colecciones: una, de pequeño formato «El ciervo herido», donde editaba principalmente a los clásicos de lengua española; la otra, de formato un poco más grande «Héroe», donde daba a conocer, sobre todo, a los poetas y escritores cubanos del momento.

Lo que no sacó en seguida fue una revista. Hay que señalar que las circunstancias no eran muy propicias para que lo hiciera; y con ello no me refiero tan sólo a los costos adicionales que le representaría una publicación de esta naturaleza. Más importante aún era el hecho de que en Cuba las necesidades de los escritores en materia de revistas ya estaban ampliamente cubiertas, con *Grafos*, *Ultra*, *Carteles*, *Lyceum*, *Bohemia*, la *Revista Cubana*, la *Revista de la Universidad de La Habana*... y muchas otras más. La mayoría de estas publicaciones, es cierto, eran literarias en el sentido más amplio de la palabra, pero en el área específica de la poesía también existía una revista, *Espuela de plata*, que ya agrupaba a los mejores de los nuevos poetas cubanos y en la que ya colaboraba, por cierto, el propio Altolaguirre, como poeta y también (durante algún tiempo, al menos) como editor. En estas circunstancias hubiera sido difícil justificar la creación de una nueva revista poética.

Sin embargo, Altolaguirre no parece haber querido renunciar a esta posibilidad. Así, en junio de 1940, sacó el primer número de un cuaderno que tituló *Atentamente*. Se trataba de una revista unipersonal, dedicada casi exclusivamente a la publicación de sus memorias, que entonces pensaba llamar «Confesiones». La publicación parece ha-

⁴ Esta anécdota, junto con otras relacionadas con su estancia en Cuba, la cuenta Concha Méndez en sus Memorias habladas (libro todavía inédito).

⁵ Ángel Lázaro, «Apuntes. Manuel Altolaguirre. El poeta impresor», *Carteles (La Habana)*, XXIII, n.º 26 (28-VI-42), p. 44. Véase también el ensayo de Juan Marinello, «Una imprenta diferente», *Sur (Buenos Aires)*, año IX, n.º 60 (septiembre 1939), pp. 81-82; reproducido en *Repertorio Americano (San José de Costa Rica)*, XXXVI, n.º 23 (2-XII-39), p. 366.

ber despertado la curiosidad y la admiración de ciertos lectores⁶; sin embargo, no supo satisfacer las aspiraciones del propio Altolaguirre y, de hecho, después del segundo número, correspondiente al mes de julio de 1940, el poeta decidió suspender el proyecto.

Pero la idea de una revista no tardó en plantearse de nuevo. En el verano de 1941, al publicar la traducción que él y Antonio Castro Leal habían hecho del *Adonais* de Shelley, Altolaguirre inauguró una nueva colección, «Ediciones 1616»; una colección que, según lo anunciado en el «Editors' Foreword», iba a acompañarse de una revista mensual del mismo título⁷. Como indicaba ese título de 1616, alusivo a la muerte de Shakespeare y Cervantes, se trataba de retomar un proyecto que Altolaguirre había emprendido en Londres durante su estancia ahí entre 1934 y 1935: la de difundir la poesía inglesa entre un público de lengua española y viceversa. El poeta evidentemente quería aprovechar (y promover) los fuertes vínculos culturales que existían entonces entre Cuba y los Estados Unidos.

Después de una breve pero rica trayectoria, *Espuela de plata* (1939-1941) ya había suspendido su publicación, de modo que las circunstancias ahora sí parecían más propicias. Y, sin embargo, nuevamente el proyecto se frustró. Por razones que no son del todo claras, la segunda etapa de la revista 1616 nunca llegó a realizarse. Las «Ediciones 1616» tampoco florecieron; que yo sepa, fuera del *Adonais*, sólo llegó a publicarse la traducción que un amigo inglés, William F. Stirling, había hecho de *La vida es sueño*, de Calderón de la Barca (La Verónica, La Habana, 1942).

Durante 1942 la editorial «La Verónica» pasó por una fuerte crisis que, en septiembre de ese año, llevó a la liquidación de la empresa. Pero, afortunadamente, no todo terminó ahí. Casi en seguida, y como un gracioso acto de desafío ante las dificultades por las cuales pasaba, Altolaguirre hizo lo que siempre había querido hacer: empezó a editar una revista, a la que nuevamente dio el nombre de *La Verónica*. A una descripción de esta revista, una de las más bellas y más sorprendentes de las muchas que editó Altolaguirre a lo largo de su vida, están dedicadas las páginas que siguen.

Una propuesta nueva

Al acercarse a la revista *La Verónica*, lo primero que llama la atención del lector es, sin duda alguna, su diminuto tamaño: apenas mide 8 por 13,5 centímetros. Este formato no es totalmente nuevo; de hecho, coincide con el que diseñó Altolaguirre para su colección «El ciervo herido». Pero, si estamos más o menos acostumbrados a ver li-

⁶ La opinión del crítico José Luis Galbe, por ejemplo, fue muy favorable. Refiriéndose a las Confesiones editadas en el primer cuaderno de *Atentamente*, afirmó: «El libro es, en efecto, terriblemente representativo. Sus dos primeros capítulos son algo sobrecogedor y angustioso, entre narración y pesadillas. Los gestos más triviales recogidos en el relato tienen categoría simbólica y miles de hombres —probablemente todos los hombres buenos de la tierra— se reconocerán en ese personaje, que podrá parecer extraño sólo a quienes no hayan pasado por las zonas infra o sobrehumanas en las que tantos otros se han visto». En *Acción* (La Habana, 1940). (La cita está tomada de un recorte de periódico, cuya fecha de publicación no se precisa, y que se conserva en el archivo de Paloma Altolaguirre, en la ciudad de México).

⁷ En el «Editors' Foreword», entre otras cosas, se lee lo siguiente: «With the collaboration of William F. Stirling and Concha Méndez, Manuel Altolaguirre is now publishing a new series of 1616, a monthly review of English and Spanish poetry, together with a series of books of which this is the first».